



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Estos huesos que ves

Hay algo lóbrego y algo cómico en exhumar los huesos de los próceres de la Independencia para validarlos, pulirlos, y exhibirlos finalmente en el lugar público que merecen.

Hay algo riesgoso también porque los huesos son ocurrentes y deparan sorpresas. Lo saben quienes siguieron el caso del último desentierro célebre de próceres que recuerda la Ciudad de México, o al menos el que recuerda este escribano.

Fue el desentierro de los caídos en la batalla de Molino del Rey contra las tropas estadounidenses, a quienes había erigido un monumento patrio en una loma frente al Castillo de Chapultepec, el presidente Ignacio Comonfort en 1857.

La inscripción decía: *A la memoria de los ilustres y esforzados mexicanos que, combatiendo en defensa de su Patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas, en este mismo lugar, el día 8 de septiembre de 1847.*

En los 80 del siglo pasado, durante la presidencia de Miguel de la Madrid, a alguien se le ocurrió hacer grandes obras viales para aislar la casa presidencial de Los Pinos del trasiego vial —y de las manifestaciones a la puerta.

Las obras estropearon el monumento centenario, se hizo un escándalo y hubo que cambiarlo de lugar. Apareció entonces un manifiesto de historiadores denunciando

que los restos enterrados ahí no correspondían a las personas que honraba el monumento. Eran huesos sobrantes del panteón de Santa Paula.

Para probar su dicho, los historiadores esgrimían el caso de uno de los generales que honraba el monumento, Antonio León. Según distintas pruebas documentales, fotos y testimonios de los herederos, los restos del general León habían recibido cristiana sepultura en la catedral de Huajuapam de León, donde reposaban hasta la fecha.

Se ordenó entonces una investigación de los restos al Instituto Nacional de Antropología. Luego de los estudios de rigor, los huesos dieron su sorpresa.

Había en las urnas huesos de perro y de mujer. No aparecían los de Antonio León. Los de otro de los próceres, Gregorio V. Gelati, pertenecían a un hombre de 25 años, y Gelati tenía más de 40.

El esqueleto de Gelati presentaba la amputación de un fémur y tenía el cráneo intacto, pero Gelati había muerto entero, de un disparo de fusil en el parietal izquierdo.

No sé qué hicieron los desenterradores con aquellos huesos ni qué inscripciones pusieron en el nuevo monumento.

Sé que los huesos guardan secretos que no se atreven a decir su nombre, ni conviene interrogar de más. ■■

acamin@milenio.com

